

El día de Todos los Santos nos fué presentada esta magnífica película española, en una de las pantallas locales. Venía precedida de la halagadora cualidad de haber obtenido el segundo premio en la votación efectuada entre el público asistente al último Festival Internacional de Berlín. Pero lo que más prevalecía en la expectación para admirar esta película era el inolvidable recuerdo de un título: «Marcelino, pan y vino», a cuya influencia no pudo sustraerse una gran parte de nuestro público, al querer valorar artísticamente a *Mi tío Jacinto*. Y ésto suponía considerarse, probablemente, insatisfecho.

¿No será que a lo mejor existen factores bastante importantes, en hacer resaltar con más o menos éxito la inocencia, la candidez infantil de un pequeño gran artista, aquí, *Pablito Calvo*, factores que el público pretende hacerse suyos? El pequeño *Marcelino*, en su primer «film» — quizá su película cumbre — es inmensamente infantil ante el infantilismo de los monjes que le rodean y cuidan. Y no digamos de como le convierten en algo grandiosamente infantil los coloquios que va sosteniendo, a escondidas, con el Cristo crucificado.

Charles Chaplin que en sus películas con pequeños artistas también los rodeaba del mismo infortunio que rodea al brillante actor *Antonio Vico*, en *Mi tío Jacinto*, y a su pequeño, procuraba siempre agrandar el infantilismo de su oponente haciéndose él infantil a su vez. Lo mismo ocurría en los «films» del malogrado *Wallace Beery*.

Quizá ésto fuera lo que esperara una parte del público. Circunstancias que, precisamente, no se dan en *Mi tío Jacinto*, en donde el pequeño *Pepote* se mueve en un mundo de aridez. En donde *tío Jacinto* con su semblante impasible, sufrido; con su inquebrantable estado de ánimo y con la mente fija solamente en querer brillar como un gran torero, sea a lo menos por una sola vez, no llega a descifrar a los espectadores si comparte moralmente de los desvelos infantiles de su compañero, para con él.

Pero de esta pretendida suposición cargada al público, a valorar la cinta, hay distintos caminos, muchos de los cuales nos llevan a declarar que es una película digna de figurar entre las primeras. La cámara sabe recoger todo un mundo de delicias. La escena da la lluvia en el ruedo, desalojando la gente las gradas, y acudiendo solícito el empleado de la mercería con el paraguas extendido a proteger, no a *Tío Jacinto* que se está empapando, sino al traje de luces prestado, para que no se eche a perder, todo ello impuesto por una fidelidad al empleo, es de una fuerza emotiva muy difícil de olvidar.

Antonio Vico está a la altura de los grandes actores. El director *Ladislao Vajda*, es un director de los que cabe atender. Y *Pablito Calvo*, con ponerse delante la cámara ya es más que suficiente.

C. Isern Llorens

Los jardines de la calle del Carmen

Cuando hace varios años la Alcaldía decidió poner unos jardincillos en el tramo de la calle del Carmen que hoy linda de por frente con la nueva parroquia de San José, ribeteando la orilla del río Oñar, los gerundenses tuvieron motivo más que suficiente para sentirse orgullosos y satisfechos. Y, desde luego, el resultado de aquel acuerdo fué magnífico, puesto que los nuevos jardines con que contaba Gerona eran dignos del mejor gusto y estética.

Pero al paso de los años, y debido a la escasa por no decir nula vigilancta municipal en aquel sector, fué perdiéndose el grato atractivo inicial y las delicadas flores y plantas acabaron por desaparecer. Los pequeños jugueteaban a trecho y derecho sin límite alguno, propasándose a los terrenos cultivados y arrancando a capricho cuanto les venía engana.

Por si fuera poco, los acívicos, que en todas partes desgraciadamente abundan y hoy se ha convenido en denominarles «gamberros», haciendo alarde de su escasa cultura, rompieron la totalidad de farolas allí existentes llegando al límite máximo con la demolición de bancos.

Como de lo expuesto puede deducirse, el estado que mantienen hoy los expresados jardines es auténticamente lamentable. Cuando de otro modo muy bien podrían representar un signo de aprecio a la ciudad, no son más que un triste ejemplo del más absoluto de los abandonos.

Gerona clama por la restauración de lo que en otra fué atractivo parque. De llegar a realizarse, sería necesaria una asidua y eficaz vigilancia que evitara los abusos expresados, puesto que ello redundaría en el buen nombre de la ciudad entera.

UNA ENTREVISTA CON **D I D Ó,** EL MAGO DE LOS TÍTERES

De todas cuantas atracciones se compone un recinto ferial, hay una que tradicionalmente no deja de presentarse y obtiene el mayor éxito de todas. Se trata del diminuto teatro de títeres de «Didó»

Con setenta y seis años a cuestas, Ezequiel Vigués — nombre de pila del popular feriante — continúa representando sus obritas con maestría insuperable, ante numeroso público que anualmente ya espera su llegada. Por tratarse pues de la más típica nota de ferias, no vacilamos en transcribir en estas páginas la entrevista con el sostenida.

—¿Como empezó su vida?

—Nací en Tarrasa y estudié en los Hermanos de la Doctrina Cristiana de Manlleu, de cuya estancia guardo grato recuerdo, prueba de ello es el libro que escribí posteriormente con el título de «Confesiones de un antiguo alumno». Más tarde entré a formar parte de la dependencia de los almacenes barceloneses «El Siglo» y al cabo de unos años me marché a París.

—¿A que se debió que escogiera su actual profesión?

Siempre había sentido por ella gran afición. Quizá de niño la misma que todos los pequeños puedan experimentar, pero a medida que fui creciendo, aquella afición, en vez de desaparecer se fué acrecentando en mí hasta que, terminada la Guerra de Liberación me dediqué de lleno en plan profesional.

—¿De cuántos muñecos se compone su «compañía»?

—De unos ochenta. Hay una representación titulada «Circo Blum» en la que aparecen veinte muñecos.

—¿Cuántas obras lleva en cartel?

—Veinte aproximadamente.

—¿Las de más aceptación?

—A mi entender «El palo de regaliz» y «El pozo de doña Quitéria».

—¿Que factor influye más en el éxito de sus representaciones?

—Sin duda el de la intervención del público infantil en la comedia.

—Su público se compone eminentemente de niños?

—En su mayoría, claro está. No obstante acuden muchas personas mayores con el exclusivo interés de presenciar el espectáculo de una proporción de unas tres cuartas partes del total.

—¿Que intención hay en sus comedias?

—¿La de infiltrar en el ánimo infantil la seguridad de que el bien triunfara siempre sobre el mal.

—La prensa ¿le ha ayudado en su carrera?

—Mucho. En casa tengo más de ciento cuarenta artículos hablando de mis títeres habiendo ello contribuido enormemente a popularizarme.

—¿Como pasa todo el año?

—Medio, dando vueltas por España y el otro medio tranquilamente, en mi pisito de Barcelona.

—Muchas gracias don Ezequiel y que muchos años le queden para seguir constituyendo la más distinguida, simpática y tradicional atracción de ferias.— **Fidemar**